

EL EFECTO DE LA PALABRA DE DIOS SOBRE LA VIDA DE LA PERSONA

Tu Palabra, ¡oh, Dios!, ha sido mi porción todos los días. La comí y alimentó mi espíritu. Su dulzura me permitió soportar la amargura de seguirte en un mundo que se opone a ti y a tu santidad. Mi espíritu tiene hambre de ti; nada más me satisface plenamente. Me comprometo ante ti a no cantar una sola canción que no esté dispuesto a vivir. ¡Oh, Cristo! Me complace identificarme contigo y con la maldición de tu cruz. Amén.

El profeta Ezequiel, del Antiguo Testamento, testificó: “Y me dijo: Hijo de hombre, alimenta tu vientre, y llena tus entrañas de este rollo que yo te doy. Y lo comí, y fue en mi boca dulce como miel” (Ez. 3:3).

En el Nuevo Testamento, el libro de Apocalipsis, encontramos la siguiente declaración: “Y fui al ángel, diciéndole que me diese el librito. Y él me dijo: Toma, y cómelo; y te amargará el vientre, pero en tu boca será dulce como la miel” (Ap. 10:9).

Existe una relación de causa y efecto entre la ingesta del libro y la amargura en el vientre. Cuando la Palabra del Señor se digiere (es decir, cuando entra en una persona y se convierte en parte de su vida, y cuando dicta el testimonio del cristiano o proporciona su mensaje al profeta), se vuelve amarga. Se vuelve amarga para la carne debido a la actitud hostil del mundo, la

debilidad de la carne y el odio siniestro del diablo. La Palabra de Dios es dulce al paladar y poderosa cuando se recibe, pero también tiende a meter en problemas a las personas que viven conforme a ella.

Una gran calamidad

La raza humana va por mal camino, aunque encontrarás a muchos hombres que te dirán lo contrario —que somos unos seres maravillosos— y que incluso escriben libros sobre el tema. De vez en cuando recibo cartas que me aconsejan que no adopte una visión tan pesimista del mundo, porque, después de todo, el mundo es bueno si lo vemos con buenos ojos. Es un mal consejo.

En el mundo hay una gran calamidad provocada por la caída del hombre. El pecado del hombre ha acarreado la alienación de Dios. Es decir, ha interrumpido la relación con Dios y ha traído lo que llamamos mortalidad (motivo por el cual, claro está, estamos sujetos a la muerte), y también la propia muerte. Debemos estar atentos no sea que, cuando contemplemos la raza humana y veamos sus sufrimientos (cómo hay muerte, mortalidad, enfermedades, locura, crímenes y todas esas cosas), nos pongamos sentimentales y empecemos a compadecer a las personas en vez de darnos cuenta de que la culpa es nuestra.

Algunos dicen que el pecado es una enfermedad, como la polio. Uno la contrae, no puede evitarlo, y acaba matándole, pero no se le puede culpar de ella. Tú eres un pobre ser humano, y no eres responsable de tu enfermedad, como no lo es un bebé que nace con un problema cardíaco. No puedes evitarlo: llegaste al mundo así.

Nuestro Señor nos habló de un muchacho, el menor de dos hermanos, que se fue deliberadamente al mundo, se dedicó a vivir desordenadamente, se gastó todo lo que tenía con plena

conciencia, y se vio reducido a la pobreza y a los harapos, como resultado de lo cual se vio obligado a trabajar en los campos para unos criadores de cerdos. Todo esto fue culpa suya. No fue resultado de algo que no pudo evitar, como pueden serlo la polio o un ataque cardíaco. Fue todo obra suya. La raza humana va por mal camino, pero es así por nuestra propia culpa.

Salvados, pero no rescatados

Hemos sido redimidos por medio de la expiación que hizo nuestro Señor Jesucristo en la cruz. Por medio de este acto de propiciación por nuestros pecados, los cristianos tenemos la justificación y la regeneración. Somos justificados, es decir, declarados justos ante Dios; somos regenerados, es decir, nacidos por segunda vez. Tenemos todo esto, pero no somos rescatados.

Siempre que se ha producido un avivamiento, la iglesia en todo caso empieza admitiendo y convirtiendo en parte de su vida diaria la creencia de que estamos en apuros, de que se ha producido una gran calamidad, y que aunque por medio de la fe cristiana Dios salva, aún no somos rescatados. Vivimos en peligro; somos como ovejas en medio de lobos. Encontrarás esta verdad expresada en las epístolas de Pablo:

Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no solo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos

las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo (Ro. 8:19-23).

En 2 Corintios, capítulo 11, Pablo nos ofrece una larga lista de calamidades por las que pasó: encarcelamientos, azotes, naufragios, etc. Era salvo, pero según su testimonio aún no estaba rescatado. Estaba redimido, pero aún no había escapado del fuego. Ese es exactamente el punto en que se encuentra hoy la iglesia.

La verdadera Iglesia de Cristo es una iglesia redimida, nacida del Espíritu y lavada en la sangre, habiendo dejado atrás el juicio sobre ella, pero aún no ha sido rescatada. Tiene su nombre escrito en los cielos, pero sigue en el mundo y, mientras esté en esta Tierra y actúe como Iglesia, tendrá problemas. Ahora bien, si deja de actuar como Iglesia, dejará de tener problemas, exceptuando, por supuesto, aquellos que soportan todos los hombres por un igual.

Esta es una verdad que no oímos a menudo, pero se nos dice que comamos la verdad, igual que hicieron los profetas. De hecho, se nos ordena que la comamos, que asimilemos el Libro en nuestro sistema hasta que nos empapemos de él. En la cruda época isabelina, no dudaban en decir que la Biblia debe llegar a nuestro vientre y a nuestro sistema digestivo; hasta que empape hasta la última parte de nuestra vida de tal modo que no exista un antídoto ni forma de huir de ella; hasta que exista un compromiso total, y la verdad se haga con el control absoluto, y la cruz se convierta en un instinto.

Al principio, la verdad siempre es muy dulce. Cuando cantamos la verdad, es muy dulce. Cuando la leemos, es muy dulce. Pero cuando nos controla, cuando empieza a determinar nuestras vidas y se convierte en un reflejo en nosotros, una segunda naturaleza, un impulso maestro, se transforma en una hiel

amarga para la naturaleza carnal, porque la verdad tiene sus consecuencias.

Si estuviéramos en el cielo, la verdad siempre sería dulce. Si todos estuviéramos en el cielo, nadie se quejaría de la amargura de la verdad. Sin embargo, no estamos en el cielo, sino a medio camino entre el cielo y el infierno: en este mundo. No estamos en el infierno y, gracias a Dios, no lo estaremos nunca. No estamos en el cielo, pero ¡alabado sea Dios, un día estaremos allí! No, estamos a mitad de camino entre el cielo y el infierno, en este mundo de bien y mal, este mundo de santos y pecadores, de alegrías y penas y, por lo tanto, a veces la verdad resulta muy dura.

Nuestra dificultad estriba en que nosotros, que somos pueblo de Dios, no permitimos que la verdad penetre en nuestro organismo. Es aguda, y no nos gusta su agudeza. Es dolorosa, y eso nos desagrada. Es amarga, y no nos gusta su amargura. Por lo tanto, hacemos concesiones.

¿A cuántos les gusta realmente comer el libro? Sé que lo memorizamos en la escuela dominical; la leemos durante un año, un capítulo por día, la estudiamos en la clase de escuela dominical e incluso puede que la enseñemos. Sin embargo, me pregunto cuántos de nosotros la hemos comido permitiendo que forme parte de nuestro organismo hasta que no haya ningún antídoto contra ella. Muchas personas prefieren orar cruzando los dedos; están dispuestos a empezar a seguir al Señor entendiendo que, si las cosas se ponen feas, siempre pueden echarse atrás.

Nos arrodillamos y decimos: “¡Oh, Señor, quita todo lo que hay en mí... pero déjame algo!”. “¡Oh, Dios, santifícame... pero no del todo!”, ¡”Oh, Señor, toma todo lo que tengo... pero déjame un poco!”. Siempre ponemos esta condición: “Señor, si me veo en un apuro, me retracto”.

Hemos cometido un grave error en nuestro entendimiento. Pensamos que, por haber sido redimidos, hemos sido rescatados. Pero no es así. Somos sustentados por el poder de Dios por

medio de la fe para la salvación, dispuesta para ser manifestada en los postreros tiempos. Nuestra salvación está garantizada, pero aún no hemos sido rescatados.

La batalla sigue en marcha, seguimos combatiendo. El enemigo sigue a nuestro alrededor. Seguimos siendo saltamontes entre las hierbas, ovejas en el desierto, niños que yerran por el mundo. Seguimos siendo personas buenas en un mundo malo, un mundo que, si puede, nos aplastará y nos destruirá.

Esta es una de las cosas más espantosas que veo en el cristianismo moderno: queremos usar la cruz para librarnos de la cruz. No podemos usar la cruz para salvarnos de la cruz. La cruz, es decir, Jesús nuestro Señor que muere en la cruz y resucita, nos salvará, pero esa misma cruz tiene que hacer algo en nosotros, a nosotros y por nosotros; y, francamente, algunos no lo toleran. Cuando creemos en Cristo, nos gusta pensar que esto significa formar parte de una comunidad agradable, crear hábitos religiosos regulares, abandonar los tipos más crudos de iniquidad, ir a ágapes, cantar himnos y asistir a retiros estivales.

Esto no me recuerda a Pablo. No me recuerda a los profetas, ni tampoco al discípulo Juan. No me parece propio de Noé, o de Lutero, o de Knox. No me recuerda a ninguno de ellos, porque ellos no contemplaban la vida de fe desde este punto de vista. No decían: “Creeré en Cristo, me uniré a una comunidad agradable, crearé hábitos religiosos regulares y, a partir de ahora, todo será maravilloso. Más adelante, ya me lo tomaré con más calma. Trabajaré para Cristo, pero dentro de lo razonable”.

¿Nos tragaremos el rollo?

El problema con la mayoría de los cristianos es que se niegan a comerse el rollo. Lo mordisquean, pero no se lo tragan. Lo escuchan, pero no permiten que les controle. Son ellos quienes van a dominarlo, no al revés. Compran una Biblia nueva cada cinco

años y la leen, pero no permitirán que la Biblia les controle. No lo harán porque les amargará el vientre. Será crudo, revelador y doloroso, y no piensan consentirlo. En lugar de permitir que la Palabra de Dios les manipule, serán ellos quienes la controlen.

En Romanos 5, Pablo dijo que hay personas dispuestas a morir por otras; son pocas las que se atreverían a hacerlo. De hecho, hay gente que ha muerto por otras personas a las que amaban muchísimo. Yo tengo hijos; mientras iban creciendo, yo sabía que Dios no tendría que pedírmelo dos veces: hubiera dado alegremente mi vida por ellos. No es ninguna heroicidad. Simplemente, amo a mis hijos un poco más de lo que me amo a mí mismo.

Creo que es bastante extraño que, cuando hablamos del cristianismo, nos cueste comprometernos así. Queremos encontrar una salida, una forma de retomar la vida que tuvimos antes. Queremos encontrar un paréntesis donde escondernos para evitar pasar por esa circunstancia. Queremos soslayar, de alguna manera, esta idea de la entrega total.

No dudo en decir esto: por todo el continente norteamericano, desde Key West hasta el punto más al norte de Canadá, y del Atlántico al Pacífico, creo que hay cristianos evangélicos que creen la Palabra y la mordisquean, pero no están comprometidos hasta el punto de que sus intereses económicos se vean afectados por ello. Primero cuidarán de sus intereses económicos, y de algún modo se las han arreglado para hacerse concesiones ante Dios para que su conciencia no les recuerde. Han domesticado su conciencia como se puede domesticar a un gato casero, de modo que se tumbe y ronronee a los pies, y no tienen ningún problema, porque han renunciado a servir a Dios del todo y protegen sus intereses económicos.

Esto no quiere decir que no den el diezmo; solo significa que no van a entregarse ellos mismos. No correrán el riesgo de perderlo todo. Se justifican diciendo: “No creo que Dios quiera eso”.

Entonces racionalizan su afirmación: “Si pongo en peligro lo que tengo y lo pierdo, no podré dar nada a los misioneros, ¿no?”. Ya han hecho concesiones, y escupen el libro; lo han masticado, pero no lo tragaron. Mientras lo mastican en la boca es muy dulce, siempre y cuando no lo traguen y permitan que penetre en su organismo.

Me pregunto cuántos empresarios cristianos se tragarían el libro para que entrase en su organismo (sabiendo que sus intereses económicos quizá se vieran resentidos) por amor a Cristo. No creo que fueran muchos. La filosofía de muchos de mis amados amigos que tienen mucho dinero es que el Señor les dio todo lo que tienen y, como se lo dio, es para que ellos lo conserven.

Me pregunto si hay algunos (y, en ese caso, cuántos son y dónde están) que permitieran que su compromiso total con Cristo pusiera en peligro sus relaciones familiares. Con esto quiero decir: ¿Estarían dispuestos a verse separados de su familia por causa del evangelio?

En algunos lugares del mundo, cuando una persona se convierte, tiene que decir adiós a su padre y a su madre (y a todos los tabúes y rituales de la tribu) y marcharse. En algunas sectas, si un judío se convierte a Cristo, si realmente cree en Cristo y le acepta como Mesías, su familia celebra un funeral. Le consideran muerto, y nunca vuelven a mencionar su nombre ni a contactar con él o ella. Se aparta de la madre que le dio a luz y del padre cuyas huesudas manos trabajaron para criarle, les dice adiós y sale de su hogar, para que ellos nunca vuelvan a admitirle. Esto es un compromiso total.

Los cristianos evangélicos estadounidenses de nuestra época no llegarán tan lejos. Consideramos que esa conducta es un poco fanática y bastante ridícula. Vamos a creer en Cristo, unirnos a una iglesia agradable y crear hábitos religiosos positivos, y entonces nos tomaremos las cosas con calma. No vamos a renunciar a los lazos de sangre.

Un hombre dice: “Me gustaría entregarme a Jesucristo, pero no puedo. No puedo destruir mi familia”. Una mujer dice: “Me entregaría a Cristo, pero mi marido me maltrataría; no lo permitiría”. Un hijo dice: “Me entregaría a Jesucristo, pero si lo hiciera, tendría que marcharme de casa”. Estas personas no se tragaron el libro; solo lo mordisquearon.

Luego pienso en las amistades. Tener amigos es maravilloso. Henry David Thoreau y Ralph Waldo Emerson, que eran amigos, escribieron ensayos sobre la amistad. El concepto que tenía Emerson de la amistad decía que un amigo era alguien por quien uno haría algo. El concepto de Thoreau decía que un amigo era alguien que haría algo por nosotros. Son dos maneras muy distintas de contemplar la amistad.

Independientemente de cómo definas la amistad, ¿hay muchos que renunciarían a una amistad por amor a Cristo? ¿Y a sus comodidades? ¿Hay alguno que se comprometiera hasta tal punto que perjudicase su salud por amor a Cristo? La mayoría de nosotros no quiere perjudicar su salud, aunque a veces lo hacemos por cosas de este mundo.

Por ejemplo, un hombre se emborracha y se queda tirado en la calle, o come en exceso hasta que se dispara su colesterol. Pero en lo tocante a la religión, dice: “¡Ah, no! No querrás que sea un fanático, ¿no?”. El fanático es alguien que se toma en serio a Jesucristo. Este es el concepto que tienen algunos de lo que es un fanático: alguien que cree lo que dijo Jesucristo y le sigue adondequiera que vaya.

Jesús estaba dispuesto a poner en peligro su salud. Cuando llegaron y le dijeron: “Sabes lo que te va a suceder, ¿verdad? Si no tienes cuidado, te matarán. Ese tipo, Herodes, te anda buscando ahora mismo”, Jesús contestó: “Vayan a decirle a Herodes, esa zorra, que aún estaré por aquí durante un tiempo y que seguiré en este mundo”. Literalmente, no puso en peligro su salud, sino

su propia vida, entregándose a la muerte por los injustos, de modo que pudiera llevarnos a Dios.

El pueblo de Dios debería estar formado por personas que han masticado el libro, lo han tragado, digerido y asimilado, hasta el punto en que les ha dado el color y la complexión correctos. Debería ser imposible tocar a una persona de Dios: al extender los dedos hacia ella, solo se debería tocar el libro.

Dios llama a su pueblo a ser héroes. Les llama a ingerir y asimilar incluso las verdades difíciles contenidas en la Palabra de Dios. En lugar de eso, usamos el libro dulce como un chupete. ¡Qué libro más estupendo, qué dulce es! Corremos a buscar otra traducción del libro dulce, para sacarle un poco más de sabor. Sin embargo, no permitiremos que nos cambie mucho.

Una iglesia que necesita avivamiento

El avivamiento tiene lugar cuando un porcentaje elevado de las personas que hay en una iglesia u otra comunidad deciden tragarse el libro y permitir que tenga efecto en sus vidas, pase lo que pase. En algún momento solemne ante Dios, deciden que van a masticar el libro, tragarlo e introducirlo en su organismo, dejando que eche raíces en un punto donde no le afecte ningún antídoto. El libro hará su obra, tendrá su efecto en ellos. Será para ellos como una segunda naturaleza, y el impulsor principal de sus vidas; y cuando Dios ve a personas así, derrama su Espíritu Santo.

El peligro al que nos enfrentamos hoy es el siguiente: creemos que, porque seguimos el credo evangélico, complacemos a Dios, el Padre todopoderoso. Pero bien pudiera ser que nuestro credo evangélico no sea más que mordisquear el libro dulce, sin permitir jamás que entre en nuestro sistema, donde puede cambiar nuestras vidas y hacernos distintos; donde puede poner en peligro nuestra seguridad, cargarnos una cruz a la espalda y con-

vertirnos en soldados valientes, incluso en mártires si es necesario. Me pregunto si Dios no pasará por alto a quienes han estado mordisqueando el libro dulce y bendecirá a quienes llevan medio siglo pasando hambre, haciendo entre ellos un milagro de gracia maravilloso. Quizá derrame aguas sobre los sedientos y envíe un aluvión a la tierra reseca.

No acuso a nadie. Temo por mi propio corazón y me inquieto por mí mismo, no por mi salvación, mi justificación o mi vida eterna, sino por si soy un hombre tan comprometido que, si de repente me viera privado de mi sueldo, daría gracias a Dios y seguiría adelante de todos modos. Si súbitamente me abandonaran todos mis amigos, levantaría los ojos al cielo y daría gracias a Dios, y seguiría adelante. Si sintiera que mi salud se deteriorara, miraría al cielo y daría las gracias a Dios, y seguiría adelante.

Necesitamos un avivamiento, una transformación espiritual que lo cambie todo. Hemos de masticar el libro y tragarlo, de modo que no podamos vomitarlo. Debemos llegar al punto en que no tengamos un lugar donde escondernos, donde hacer concesiones, ningún puente por el que volver atrás, ninguna excusa, ningún compromiso; que no haya ninguna manera de escapar de nuestro compromiso con Cristo.

Esto te hará sentir amargura. ¿Cómo no sentir amargura en un mundo que odia a Dios, en un mundo que crucificó a Jesús y nunca se ha arrepentido de ello? Sí, sentiremos amargura en un mundo donde los vendedores amasan fortunas gracias al cumpleaños del Señor, pero donde no le seguirían ni hasta la esquina próxima. Este es el tipo de mundo en el que vivimos.

El Señor nos ha llamado a ser un pueblo espiritual, santo, comprometido, adorador, un pueblo que sea suyo, un pueblo especial. ¿Estamos dispuestos a permitir que su Palabra nos convierta en personas así?

El sagrado libro

Thomas Kelly (1769-1855)

Yo amo de Dios el libro sagrado;
ningún otro a su altura estará;
me señala el camino a los santos,
me da alas y me enseña a volar.

¡Dulce libro! En ti mis ojos ven
la imagen de mi ausente Señor:
en tu página sabia puedo aprender
el gozo que me ofrece su amor.

Mas ahora ocupas su lugar en el mundo,
y solícito me brindas su amor;
leo, pues, tu mensaje con interés profundo,
y de gozos celestiales soy acreedor.

TERCERA PARTE



LIBERAR EL
PODER DE DIOS
POR MEDIO DE
LA PALABRA

*Venga a mí tu misericordia, oh, Jehovd;
tu salvación, conforme a tu dicho.*

SALMOS 119:41

